

EDUCACIÓN

Francesc TORRALBA, Pasión por educar, Khaf, Madrid 2015, 116 pp.

Libro muy sencillo, escrito pensando con mucho cariño en el educador, con planteamientos a veces de gran profundidad, en torno al valor de la educación, y en ocasiones con ideas muy sencillas, de puro sentido común, pero imprescindibles, necesarias, a las que conviene

acercarse y refrescar constantemente.

A lo largo de sus páginas hace un recorrido en el que el punto inicial es el desencanto que Torralba aprecia en tantos maestros. Comprende su situación y reconoce que, a veces, este desencanto viene de forma inevitable y, por desgracia, es bastante habitual: los problemas sociales, la desvalorización de la tarea educativa, la problemática familiar, la desautorización de la figura del maestro... En fin, son muchos los motivos que conducen al desencanto. Pero el libro termina planteando la posibilidad de entusiasmarse educando. Y para lograr ese entusiasmo ofrece en cada uno de los capítulos, de desigual extensión, consejos, experiencias, valores, formas concretas de proceder y, sobre todo, una profunda convicción en el valor de la educación y en la maravilla de esta tarea cuando se vive como vocación.

Es evidente que este libro, en palabras del propio autor, "se ha escrito e ideado como una apología, como una defensa del maestro de su labor en el seno de la sociedad".

El educador, de entrada, comienza su tarea contando ya con la voluntad de comunicar, de no guardarse su conocimien-

to y su experiencia para sí, de intentar, incluso, que sus alumnos le superen, porque la educación implica la generosidad. Pero deja claro que esta comunicación consiste en comunicar más lo que sé es que lo que se tiene, desarrollando así un milagro maravilloso, porque el educador descubre que, cuanto más se da, más multiplica en sí mismo aquello que da. Cuando uno da cosas, bienes, se queda con menos, porque ese caudal se agota. Pero cuando da de sí mismo, se potencia. Por eso Torralba comunica en este libro su convicción de que un profesor que vive su vocación generosamente, y por eso atiende a las personas, se cuida a sí mismo en todos los niveles, estudia y se pone al día, dialoga... Un maestro que vive así, en definitiva, no se deja llevar por el desánimo, está en continuo proceso, crece a medida que ejerce su tarea.

Las referencias a otros pensadores, tanto pedagogos como psicólogos o filósofos, no son muchas; pero las pocas que aparecen son muy interesantes y adecuadas. Sirviéndose de ellas, comunica grandes verdades en torno a la tarea educativa: la necesidad de respetar al alumno, pero conjugando el respeto con la exigencia; la conveniencia de agrandar la capacidad de desear

del aprendiz, puesto que toda persona desea saber, pero fácilmente ese deseo queda eclipsado por otros más cómodos, menos exigentes; las actitudes de profunda confianza y humildad como valores imprescindibles; los peligros de dispersión en los que nos movemos, en parte debidos a la gran cantidad de estímulos de todo tipo, incluidos aquellos a los que nos permiten acceder las nuevas tecnologías; la diferencia entre la autoridad y el autoritarismo; la preocupación que a veces nos desvive a los educadores por el utilitarismo, por el cual no nos debemos dejar llevar...

Uno de los objetivos fundamentales de la educación es el acrecentamiento de la capacidad crítica, de modo que se consiga un autogobierno de sí mismo, fundamental para lograr una sociedad adulta. En este sentido, reconoce Torralba, suele ser más difícil la tarea educativa que corresponde a los padres que la que corresponde a los maestros.

Quizá una de las ideas más hermosas que podemos encontrar en el libro es la de que el fin primario de la educación es el autoconocimiento del alumno; pero el fin último del proceso educativo es la autodonación. Esta idea nos permite descubrir que el modelo antropológico que está detrás de todo lo que